



Gabriela Mistral

POESÍA Y JUSTICIA SOCIAL,
CONSTANTES EN LA VIDA
DE LA MÁS GRANDE ESCRITORA
IBEROAMERICANA

Sergio Macías

Gabriela Mistral

POESÍA Y JUSTICIA SOCIAL,
CONSTANTES EN LA VIDA
DE LA MÁS GRANDE ESCRITORA
IBEROAMERICANA

Sergio Macías Brevis

Asesor Cultural de la Embaja de Chile en España



Ayuntamiento de
Gijón

Debemos a la puntual generosidad de un digno descendiente de don Justo del Castillo, su bisnieto Manuel, la realización de esta notable exposición sobre Gabriela Mistral. Una exposición que acompaña, y complementa, a otra iniciativa merecedora de todos los elogios tanto por su antigüedad y prestigio académico en el campo de la formación técnico-profesional de Gijón, como por ser sostenida gracias, exclusivamente, a la honrosa convocatoria de la familia Castillo: los premios que llevan el nombre del gran ingeniero y emprendedor cántabro-gijonés.

Cualquier oportunidad sería buena para acercarse a la *vida y obra* de Gabriela Mistral, excepcional poetisa y maestra chilena –primera escritora en lengua castellana que recibió el Premio Nobel– cuyo testamento intelectual y biográfico nos acerca a los mejores valores morales de nuestro tiempo: el compromiso con la libertad de los hombres y los pueblos, con los derechos de la mujer, la protección de los niños, la educación, el antifascismo...

La casualidad ha querido que tengamos esta muestra en Gijón cuando se cumple el vigésimo quinto aniversario del derrocamiento del Poder Popular en Chile, al que siguieron las vilezas que bien conocemos.

Espero que muchos gijoneses visiten esta exposición sobre Gabriela Mistral. Y que ello constituya, además de un placer y una ocasión de conocer mejor a la más grande escritora iberoamericana, un gesto de afecto y solidaridad con el pueblo hermano de Chile.

Noviembre, 1998
VICENTE ÁLVAREZ ARECES
Alcalde Presidente

POESÍA Y JUSTICIA SOCIAL, CONSTANTES EN LA VIDA DE LA MÁS GRANDE ESCRITORA IBEROAMERICANA



La más grande escritora iberoamericana,

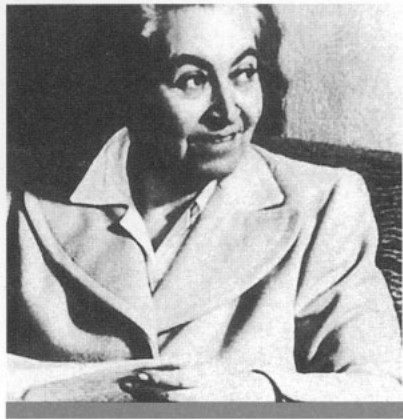
cuyo verdadero nombre es Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, nació el 7 de abril de 1889, en una hermosa y humilde aldea del Norte de Chile, Vicuña. Pero desarrolló su infancia en otro pueblo de la misma región de Elqui: Montegrande, que no tenía más de treinta casas, un río, una montaña y un valle fértil atravesados por un deslumbrante sol. Impresionante paisaje que le hará amar a la Naturaleza y dejar sus huellas de profundo contenido social y religioso.

Su padre maestro de escuela, más pasaba en paro, charlando con amigos alrededor de unas botellas de vino, que en casa para dedicarse a la familia. En cuanto a su madre, era una mujer de escasa cultura, apenas sabía leer y escribir. Quedó viuda de su primer matrimonio con una hija llamada Emelina, que se desempeñó como maestra de escuela rural.

Lucila tiene poca edad cuando el padre abandona para siempre el hogar. La niña con el tiempo va perdiendo la imagen de aquel hombre trotamundos, pero recuerda que a él le gustaba componer versos y canciones. Es posible que su inclinación poética tenga como causa esta influencia.

La situación que atraviesa su madre es de extrema pobreza, tanto que será Emelina, su hermanastra, la que se hará cargo del hogar. Un día sufre una grave injusticia que jamás olvidará. A Lucila la acusan en el colegio de un robo de cuadernos, cuando estaba a cargo del material. Las mismas alumnas que desordenadamente y sin poder controlarlas cogían los útiles, la apedrean públicamente. Este hecho lo recordará como uno de los más horribles de su vida. A ello hay que agregar que cuando terminó sus estudios primarios, una profesora informó que no era una buena estudiante, por lo que no veía en ella futuro alguno como para que estudiara una carrera.

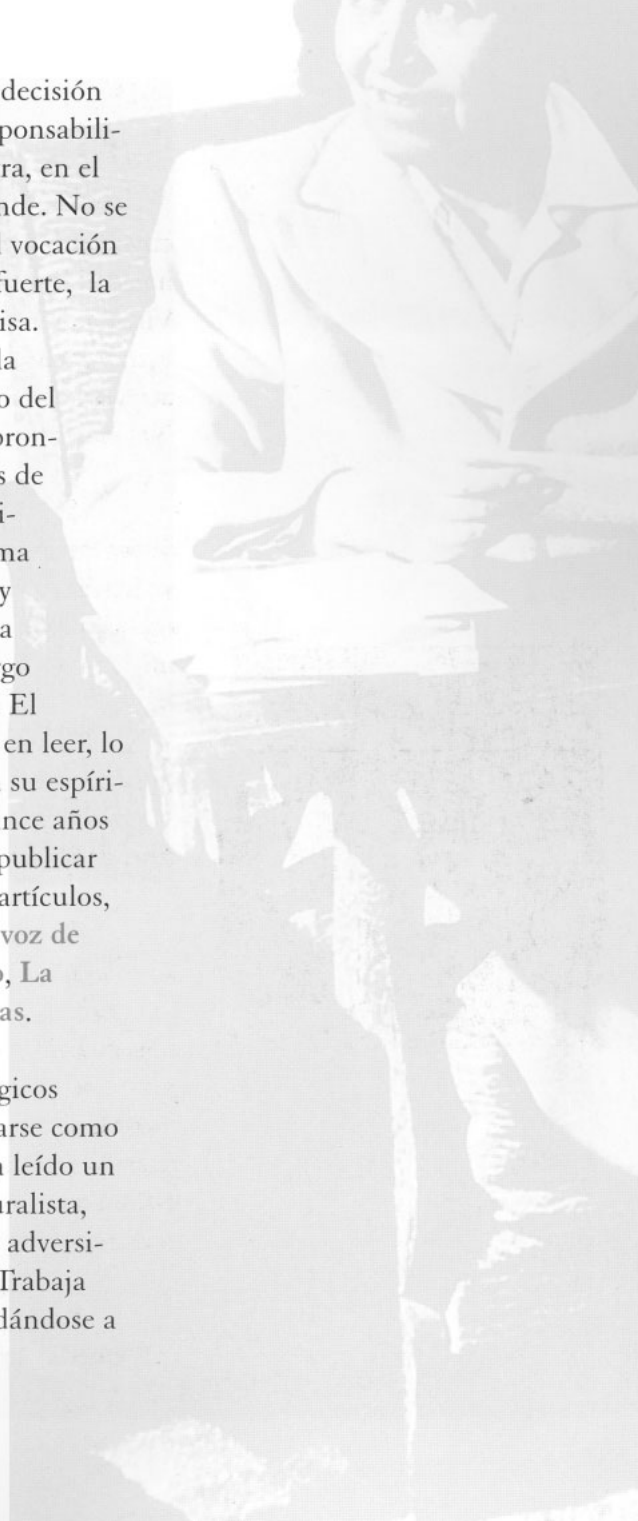
La muerte de la pequeña hija de su hermanastra le produjo un enorme dolor, que quedará reflejado en 1938, en su libro *Tala*:

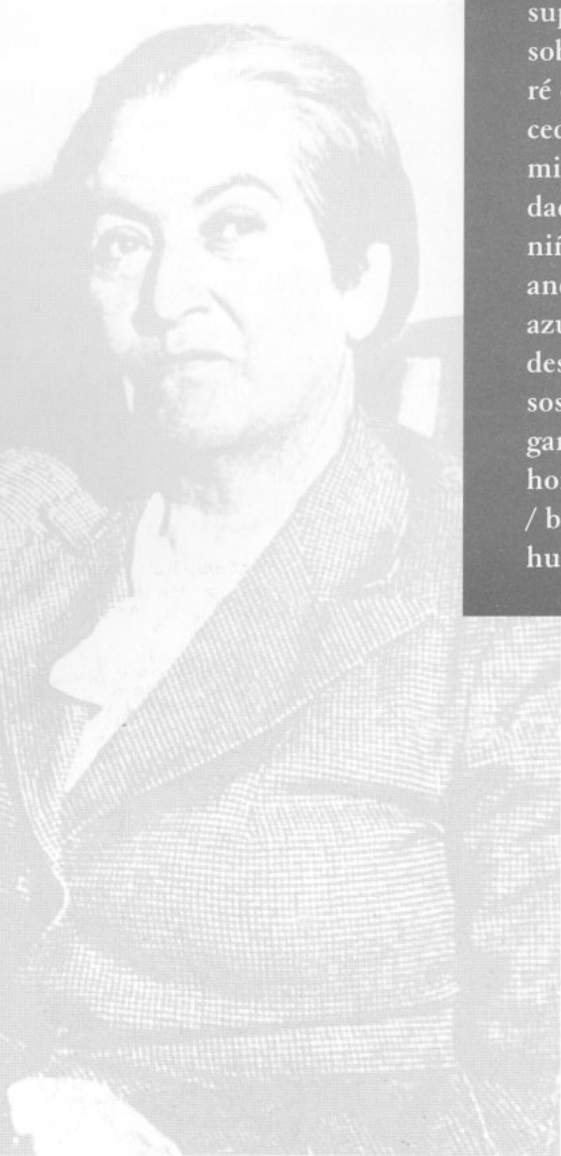


"Canción de las muchachas muertas" -recuerdo de mi sobrina Gabriela -
¿Y las pobres muchachas muertas,
/ escamoteadas en abril, / las que asomáronse y hundiéronse / como en las olas del delfín? / ¿Adónde fueron y se hallan, / encucilladas por reír / o agazapadas esperando / voz de un amante que seguir? / ¿Borrándose como dibujos / que Dios no quiso reteñir/ o anegadas poquito a poco/ como en sus fuentes un jardín? / A veces quieren en las aguas / ir componiendo su perfil, / y en las carnudas rosas-rosas / casi consiguen sonreír. / En los pasteles acomodan / su talle y bulto de ceñir / y casi logran que una nube / les preste cuerpo por ardid; / casi se juntan las deshechas; / casi llegan al sol feliz; / casi reniegan su camino / recordando que eran de aquí; / casi deshacen su traición / y van llegando a su redil. / ¡Y casi vemos en la tarde / el divino millón venir!".

Para resumir esta primera etapa, diremos que a la vista de los trágicos sucesos, Lucila Godoy no tuvo suerte. Además, fue rechazada para formarse como maestra en la Escuela Normal, porque el capellán de la institución había leído un artículo de ella que decía: "la naturaleza era Dios". La acusaron de naturalista, ignorando ella el significado de esa palabra. Sin sentirse derrotada por la adversidad, se dedica a estudiar por su cuenta y da directamente los exámenes. Trabaja como maestra rural en diferentes aldeas y pueblos. Y, así, lentamente va dándose a conocer su inmensa labor de educadora.

Su madre toma la decisión de dejarla bajo la responsabilidad de su hermanastra, en el pueblo de Montegrande. No se sabe en realidad cuál vocación comienza a ser más fuerte, la de maestra o de poetisa. Emelina será quien la encauce en el camino del magisterio. Pero de pronto todos los esfuerzos de la niña se ven en peligro, porque se enferma de una pleuresía muy rebelde, que la lleva a suspender por un largo período sus estudios. El tiempo lo aprovecha en leer, lo que le dará fuerzas a su espíritu para que a los quince años de edad comience a publicar poemas y a redactar artículos, para el periódico La voz de Elqui, El Coquimbo, La Reforma y Penumbras.





“Del nicho helado en que los hombres te pusieron, / te bajaré a la tierra humilde y soleada. / Que he de dormirme en ella los hombres no supieron, / y que hemos de soñar sobre la misma almohada. / Te acostaré en la tierra soleada con una / dulcedumbre de madre para el hijo dormido, / y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna / al recibir tu cuerpo de niño dolorido. / Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas, / y en la azulada y leve polvareda de luna, / los despojos livianos irán quedando presos. / Me alejaré cantando mis venganzas hermosas / ¡porque a ese hondo recóndito la mano de ninguna / bajará a disputarme tu puñado de huesos!”.

En 1914, a raíz del certamen poético en los Juegos Florales que se celebraron en la capital, ella obtiene el Primer Premio con sus Tres sonetos de la muerte.

No tenía un orden para leer, por tanto su mente se llenaba de cuanto libro cayera en sus manos. Así fue como le influyó la obra del escritor colombiano, Vargas Vila, que en aquel entonces se le estimaba como un autor de literatura subversiva. Pero, a lo largo de su vida fue la Biblia una pieza de lectura fundamental para su formación religiosa, la que más motivó su sensibilidad. Llegó a ella a través de su abuela paterna nacida en Argentina con des-

endencia judía. Es lectora de los clásicos españoles y rusos. Luego admira a Rubén Darío, sin dejar pasar lo que escriben los otros modernistas.

Utilizó el pseudónimo de Gabriela Mistral, por tres razones. Por su devoción a Federico Mistral, escritor con un hondo sentido de la naturaleza. Porque a la palabra “mistral” le encontró un hermoso sonido, le agradaba eufónicamente; y por su gran amor al viento, que como mujer de hondas inspiraciones, lo encuentra un elemento más espiritual que el agua. Le gusta la descripción que hace del viento Reclus, y lo hace suyo para convertirlo en firma poética. También podemos agregar una cuarta razón, su fascinación por dos extraordinarios escritores: Gabriel D’Anunzio y Dante Gabriel Rosseti.

Poesía, realidad y naturaleza

Su creación está unida a cada paso que da por el mundo. Su poesía no puede apartarse del medio en que le tocó desenvolverse. De tal manera, que su propio nacimiento, infancia y parte de la juventud que se desarrolla en el ambiente humilde del valle de Elqui, en el norte del país, la marcarán para siempre:

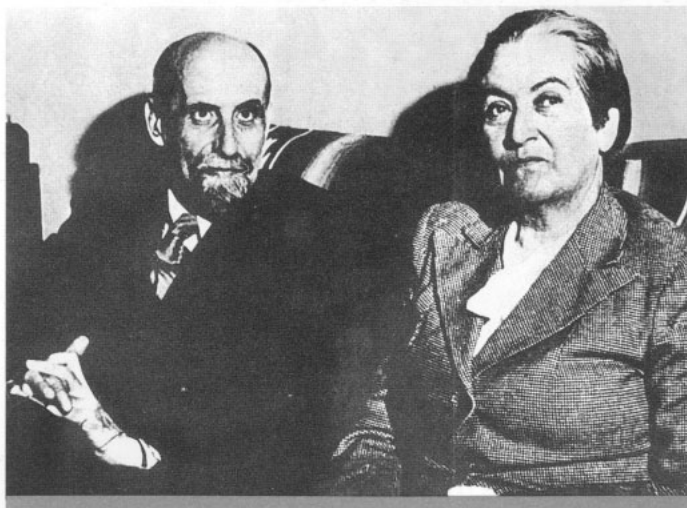
“Ha sesenta años que en un valle / “de leche y mieles” se nació /
Y una montaña me miraba / Y una madre me sonreía. / Ha sesenta años,
valle mío / yo era un vagido que tenía / cabellos de aire, mirada de agua /
y ojos que rutas no sabían”.

Después, el conocimiento sobre la larga geografía de su patria la hará escribir su *Poema de Chile*. Muchos versos tienen su origen cuando debe recorrer el inmenso territorio por necesidades de trabajo:

“No hay fidelidad más grande
como el cuerpo de América,
como la que dan Los Andes
a tierra y gente chilenas”.

En su creación ocupa una gran presencia la exuberante naturaleza con sus raíces indígenas, piedras de formas caprichosas y volcánicas, los ríos torrentosos, el desierto casi lunar, el mar violento y los bosques con pájaros multicolores. La cordillera andina influyó también en otros dos grandes poetas chilenos: Pablo de Rokha y Pablo Neruda. Ella le da un contenido telúrico a través de la recuperación de la historia primitiva del continente. En los poetas mencionados, el tratamiento poético se realiza con un lenguaje recargado, tremenda uno; oceánico y vegetal, el otro, incluyendo ambas situaciones sociales y políticas. En cambio, Gabriela Mistral la titula madre de las piedras milenarias:

Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, aparece junto al poeta español Juan Ramón Jiménez.



“Cordillera de los Andes, /
madre yacente y madre que anda, /
que de niños nos enloquece / y hace
morir cuando nos falta, / que en
metales y en amiantos / nos aupaste
las entrañas. / Hallazgo de los
primogénitos / Mama Ocllo y Manco
Capac, / tremendo amor y alzado
cuerno / del hidromiel de la esperanza”.

“Ronda cubana”, “Ronda argentina”, “Ronda de la ceiba ecuatoriana”, “Niño mexicano”, “El Ixtlazihuatl”, “Recado para las Antillas”.

Pero este paisaje mezclado con lo humano corresponde a una posición distinta a la que se usaba hasta entonces. Es una geografía poética que se extiende a toda Latinoamérica, debido sobre todo al conocimiento directo, ya que tuvo que salir de su país para asumir en el continente responsabilidades pedagógicas. Como ejemplo, podemos señalar sus cantos: “América”, “Mar Caribe”,

La maestra

En cuanto a su carrera de magisterio, sus méritos fueron extraordinarios, no sólo por el sacrificio de desempeñar su labor bajo duros climas y lugares lejanos, sino por su dedicación a los niños, entregándoles su cariño y una alta pedagogía. Eso la llevó a ascender, siendo nombrada en colegios importantes, luego en liceos de las principales ciudades chilenas. Pronto su enseñanza llegó a oídos de otros países, algunos de los cuales la contrataron, como México, en el que organizó y estructuró la enseñanza primaria, Puerto Rico, etc.

Su amor a la pedagogía y a las letras lo deja estampado en su propia correspondencia, cuando le escribe a Rubén Darío: “*Nuestro grande y nobilísimo poeta. Soy una que le aguarda al pie de los Andes para presentarle su devoción y la de sus niñas -discípulas- que charlan de usted familiarmente,*



Delia del Carril (Hormiga), Pablo Neruda y Gabriela Mistral

después de leer su cuento a Margarita y su Niña Rosa. Pero usted no vino y yo le mando en estas hojas extensas toda aquella cosa pura y fragante que es el querer de 100 niñas a un poeta que les hace cuentos como jamás los hizo nadie bajo el cielo.

Poeta: yo, que soy mujer y flaca por tanto, y que por ser maestra tengo algo de las abuelas -la chochez- he dado en la debilidad de querer hacer cuentos y estrofas para mis pequeñas, y las he hecho, con rubores, lo confieso a usted". Es lo que comprobamos en los poemas *La Madre Granada* y *Caperucita Roja*. Su actividad docente le servirá también para su creación poética, como se demuestra especialmente en su obra *Ternura*. Vemos, por ejemplo, esta preciosa ronda titulada *Dame la mano*:

"Dame la mano y danzaremos; / dame la mano y me amarás. / Como una sola flor seremos, / como una flor, y nada más... / El mismo verso cantaremos, / al mismo paso bailarás, / Como una espiga ondularemos, / como una espiga, y nada más.

Te llamas Rosa y yo Esperanza; / Pero tu nombre olvidarás, / porque seremos una danza / en la colina, y nada más".

Muchos son los poemas que como éste llegan al corazón de los escolares. Por su musicalidad se convierten en rondas que se cantarán en los colegios y barrios. Esta maestra y viril poetisa, fumadora empedernida, admiradora de José Martí, quien con su influencia desarrolla aún más su conciencia por lo latinoamericano, encuentra en la paz de la Naturaleza el gozo para su alma. Siempre trató de escapar del bullicio mundano. Buscaba la soledad, la lectura y la escritura para aplacar sus ansias, sueños y tormentos.

Amor, pasión y muerte

Aunque era una muchacha alta para el medio chileno, sobre todo en aquellos años, con un metro casi ochenta, algo tosca, cara redonda y ojos verdes, modesta y para nada presumida en el vestir, tuvo varios pretendientes. Pero estas relaciones sentimen-

tales terminaban, porque se enamoraba de lo imposible, de lo que ella idealizaba al máximo, con una enorme pasión. Al parecer, le causaba cierto temor llegar a una relación carnal.

Se enamoró de un hombre rico. Lo encontraba inteligente, sensible, con alma de artista. Él casi la duplica en edad, bordea los cuarenta, y a ella aún le faltan para los veinte años. Todo acabó en una ilusión de jovencita soñadora y temerosa del sexo, quizá, esto último porque había sido objeto de una gravísima agresión. Según cuenta su amiga Matilde Ladrón de Guevara, en quien confió su terrible secreto: cuando aún era una niña llegaba a la casa de su hermanastra un joven que aparentaba ser amigo de confiar. Un día estando solos, la violó. Pero con el tiempo renacen sus ilusiones.

Cuando llega a trabajar al Liceo de Niñas de La Cantera, debe ir a buscar la correspondencia a la estación de trenes, y quien se la entrega es un joven empleado de los ferrocarriles. Ambos se sienten atraídos, manteniendo un idílico romance. Sin embargo, un día lo ve con otra mujer, lo que motivó esta Balada:

“Él pasó con otra; / Yo le vi pasar. / Siempre dulce el viento / y el camino en paz. / Y estos ojos míseros / le vieron pasar! / Él va amando a otra / por la tierra en flor. / Ha abierto el espino; / pasa una canción. / ¡Y él va amando a otra por la tierra en flor! / Él besó a la otra / a orillas del mar; / resbalé en las olas / la luna de azahar. / ¡Y no untó mi sangre / la extensión del mar! / Él ira con otra / por la eternidad. / Habrá cielos dulces. / (Dios quiere callar). / ¡Y él irá con otra / por la eternidad!”.

Sobre esta situación emocional tan importante en su vida, damos cuenta de ella de acuerdo a su propia versión: “Nos amábamos de verdad. Un mal día rompimos. Yo tenía entonces un carácter irascible: tan fuerte hablábamos uno y otro en la habitación en que discutíamos que mi madre se impuso y lo despidió. Pasó el tiempo y los míos creyeron que yo estaba muy tranquila. Transcurrieron cinco años en los que, cuando nos divisábamos, huíamos el uno del otro. Nos odiábamos. Y estuvimos viviendo casi en la misma casa. El ocupaba una habitación en la parte alta, y precisamente bajo su pieza estaba la mía. Él sabía que yo me iba al colegio a las nueve; él salía a las ocho y media. Era un hombre vulgar. Una bella cabeza, un rostro casi feo. Durante esos cinco años nos encontramos una vez durante un paseo a caballo. Al regreso, él me propuso que nos viniéramos juntos. Yo no acepté.

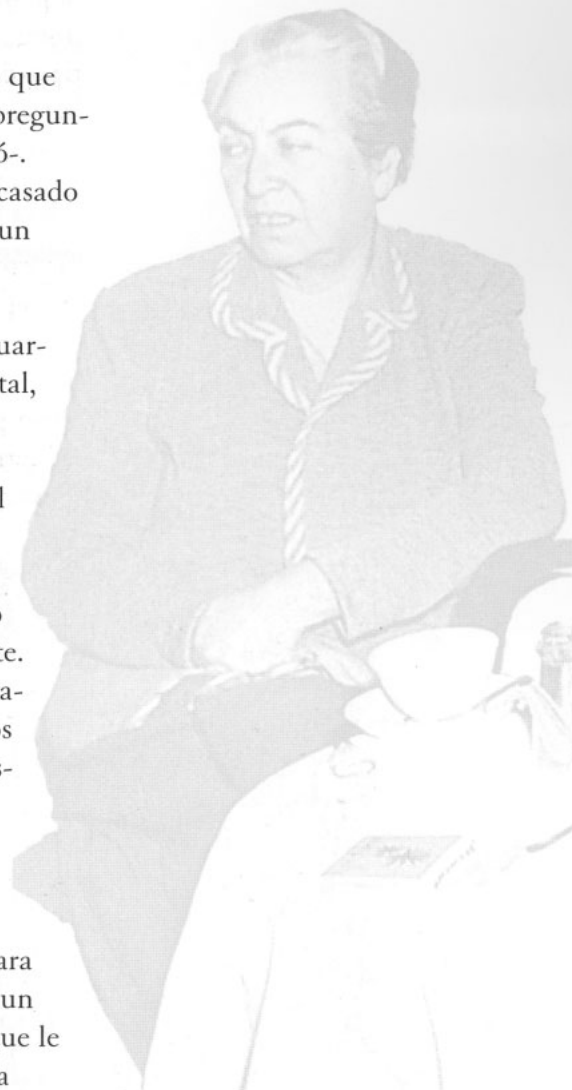
Durante el último tiempo se dio una vida de relajación y de mujeres; gastaba en eso mucho dinero. Su novia, por otra parte, que era muy elegante y cuya familia gastaba mucho, lo explotaba sin compasión. Gastaba, pues, más de lo que ganaba y tuvo que robar.

Un día nos encontramos en una calle solitaria después de tanto tiempo que nos huíamos. Se acercó a mí y nos fuimos conversando. “¿Cuando se casa -le pregunté. -¿Pero, ha creído usted que yo pueda casarme con esa persona?-me contestó-. - Nunca- respondí”. Y, en efecto, nunca, ni en sueños, pude imaginarme verle casado con ella, ¡nunca!” - ¿Y su vida?-lo interrogué. - ¡Mi vida! Si mi vida de hoy es un asco. No se interese usted por ella. Se indignaría”.

Quince días después se dio un balazo. En la cartera interior del paletó guardaba una de dos tarjetas que yo le había escrito”. De esa relación sentimental, nacen poemas sobre el amor y la muerte, con más fuerza y emoción.

Más tarde, a los veinticuatro años se enamora de un poeta, Manuel Magallanes Moure, que nació también en el Norte. Al igual que ella nació careció de padre. Durante un año se escriben cartas encendidas de amor. Él es autor también de obras de teatro y articulista. Ella lo admira, lo considera un maestro de la literatura, pero curiosamente será ella la que trascenderá universalmente. Este idilio se corta, muy posiblemente, porque ella se atormenta con estas relaciones sentimentales. En cada carta va haciendo exigencias más posesivas. Los pretendientes se atemorizan. Se encuentran con una joven muy madura, idealista y estricta.

Permanecerá soltera durante toda su vida, pero el amor maternal que llevaba en sus entrañas lo vaciará en un sobrino que le deja a su cargo un hermanastro. Lo cuida como a un hijo, apoyándolo diariamente en sus estudios para que pueda labrarse un porvenir. De pronto, en el comienzo de la adolescencia un defecto físico se le comienza a desarrollar notoriamente: una pequeña joroba que le acompleja. Cuando ya es un joven con diecisiete años, ama intensamente a una muchacha sin ser correspondido. El piensa que es por su condición física que no le favorece y se suicida con arsénico. La poetisa jamás podrá superar esta tragedia. Es un dolor tan inmenso, que la tuvo anonadada durante mucho tiempo. En una carta de

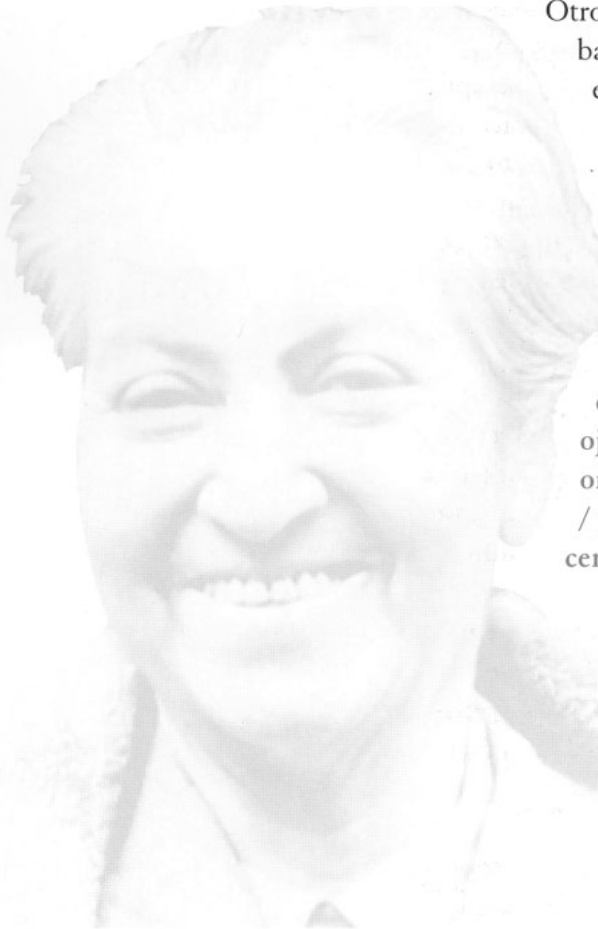


ella, leemos: “Mi niño se mató. Nunca la poesía fue para mí algo tan fuerte como para reemplazar a este niño precioso, con una conversación de niño, de mozo y de viejo... Otro no me puede encandilar como él, no hay compañía que me cubra el costado derecho como él, cuando yo iba por esas calles de las extranjerías heladas y duras, no hay tampoco don de olvido en mí para semejante experiencia. La tengo trenzada conmigo en cada cinco minutos. Y voy viviendo en dos planos, de manera peligrosa. Recen por él alguna vez”.

Amistad y muerte

Otro hecho fatal es la segunda guerra mundial, en la que los judíos son bárbaramente perseguidos por los nazis para ser llevados a los campos de exterminio. Sus dos grandes amigos, Stefan Zweig y sus esposa Lote, aterrorizados por la barbarie prefieren suicidarse con gas antes que caer en las manos del enemigo. Su poesía dolorosa se refleja en estos breves fragmentos de “Interrogaciones”, que terminan en la misericordia y ternura divina, cuando en su obra *Desolación*, manifiesta la angustia por la muerte:

“¿Cómo quedan; Señor, durmiendo los suicidas? / ¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas, / las lunas de los ojos albas y engrandecidas, / hacia un ancla invisible las manos orientadas? / ¿O Tú llegas después que los hombres se han ido, / y les bajas el párpado sobre el ojo cegado, / acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido / y entrecruzas las manos sobre el pecho callado? / El rosal que los vivos riegan sobre su huesa / ¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas? / ¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza / y las frondas men- guadas de serpientes tejidas? / Y responde, Señor: cuando se fuga el alma, / por la mojada puerta de las hondas heri- das, / ¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma / o se oye un crepitar de alas enloquecidas? / ¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo? / El éter es un campo de monstruos florecidos? / En el pavor no aciertan



ni con el nombre tuyo? / ¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?
/ ¿No hay un rayo de sol que los alcance un día? / ¿No hay agua que
los lave de sus estigmas rojos? / ¿Para ellos solamente queda tu
entraña fría, /sordo tu oído fino y apretados tus ojos? / Tal el hom-
bre asegura, por error o malicia; / más yo, que he gustado, como un
vino, Señor, / mientras los otros siguen llamándote Justicia, / ino te
llamaré nunca otra cosa que Amor! / Yo sé que como el hombre fue
siempre zarpa dura; la catarata, vértigo; aspereza, la sierra, / ¡Tú
eres el vaso donde se esponjan de dulzura / los nectarios de todos los
huertos de la Tierra!”

El hecho estético donde profundiza la autora es fuerte, vigoroso y reflexivo, casi místico, y en su cuestionamiento hondamente filosófico. Notamos que el dolor, la muerte, la soledad, la naturaleza, el amor y Dios constituyen el andamiaje con el que levanta y sostiene su poesía. Pero existe otra creación sencilla, tierna, de canciones y arrullos destinada a los niños. Y en su prosa aparecen también unos breves relatos, que son cuentos y pequeñas fábulas que transmiten la belleza de la tradición oral, con un lenguaje muy claro y humano, porque se inspira en el mismo pueblo. “Yo creo que el país de la infancia es el verdadero país de origen. Le digo país en el sentido de región”.

La parte más conocida de ella es su poesía y su vocación de maestra. Sus otros textos, desde hace algunos años han comenzado ya a difundirse. En algunos de ellos aparece en un papel desconocido para muchos: como luchadora por la independencia de su continente, enemiga de las dictaduras. Se alzó como la gran figura femenina de Iberoamérica. Fue indolegable en su actitud cristiana, solidaria, humanista. Pudo elegir el camino fácil, pero prefirió el sacrificio personal para conseguir la meta propuesta: dar amor a los niños y enseñar que el hombre y la mujer son iguales ante el desarrollo social. Dio ejemplo de ser una mujer independiente, capaz de trabajar desde muy joven para ganarse su sustento, de enfrentarse a situaciones injustas y discriminatorias, de plantear reivindicaciones de carácter feminista en los difíciles años de comienzo del siglo XX.

Se comprometió con su tiempo aportando su creación, sus ideas y su docencia para transformar el mundo, con el objeto de lograr una sociedad más feliz. Esta mili-

tancia cristiana y social con la realidad, está en lo que ella expresaba: “Lo que el artista hace por su pueblo es lo que hace el alma por el cuerpo”.

Ella representa los ríos caudalosos y libertarios de los sentimientos andinos, que buscan el mar de la paz. En una carta manifestaba: “América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer y al estudiante, enseñándoles a ser libres, porque se les respeta su dignidad”.

En su poesía está el indio americano, el paisaje de Chile y de la América dolida, la maestra rural, el campesino, la sencillez humana, el anhelo de justicia, la interrogación mística y sobre todo el amor a los niños. Sobre esto último, encontramos la siguientes frases en su “Recado a los niños de América Latina”:

“A estos mis niños - porque tan míos los siento como cosa parida - me los he visto y debido por estos recodos y senderillos de América que siempre, al verlos al fondo de sus voces, se me antojan también algo como infancia de la tierra, para que mejor rimen en el ejercicio de su travesura y de su asombro. A estos mis niños los he oído cantar. En veces, embebidos, niños amautas de la puna peruana o cholitos que ponen un timbre de fuente viva entre la sequedad de vidrios contra el cielo en que tiembla el Anáhuac; o los indiecitos de Titicaca que cantan mientras los brazos fluyen de sus manos como encajes de agua.

Estos niños míos, estos niños de niebla y aire, casi irreales en su belleza menuda y pobre, tienen algo de cervatillos que aprontan el casco y giran el ojo en husmeo de cazador. Hay, por eso mismo, que sorprenderlos en el canto como a los ciervos en el bebedero: sin ruido de hojas ni aspaviento de presencia. Entonces se darán enteros en su ricura elemental. Puros y dóciles a su propio llamado. Aleladillos. Mirándose llover como dicen los brujos de yarari. Que algo de magia, algo que es mayor que todo lo adulto, algo contemporáneo de ídolo y piedras, se les vuelve arcilla ensimismada y cándida voz en sus mejillas de avena”.

Mensaje

En toda su obra se manifiesta un compromiso, que es el que fluye de su mensaje social y cristiano con una gran maestría poética. No hay en ella vocabulario burdo, jamás panfletario, sino por el contrario, riqueza de lenguaje. El dolor social es elevado a la categoría estética. Así, cuando ve a un niño desvalido su pesadumbre se descarga en el verso, en un clamor a Dios, cuya fuerza dramática hace que el lector se identifique con ese sentimiento profundo. Por ejemplo, cuando canta al Dios Triste, al Dios que ella busca como motivo de esperanza y de amor, lo encuentra cansado, herido:

Este fervor a Dios no la encasilla dentro de un conformismo, pues trata de revitalizar la poesía a través del idioma, esto es, incorporar a la lengua palabras nativas y giros idiomáticos. Al respecto, ella decía: “en la literatura de la lengua española represento la reacción, la reacción contra la forma purista del idioma metropolitano español. He tratado de crear, con modificaciones nativas. No debe haber obstáculos a que los países hispanoamericanos, donde las palabras nativas sirven para designar objetos desconocidos en Europa, mezclen sus respectivos vocabularios”.

“Y en esta tarde lenta como una
hebra de llanto / por la alameda de oro
y de rojez yo siento / Un Dios de otoño,
un Dios sin ardor y sin canto / ¡Y lo
conozco triste, lleno de desaliento!... /

Y ensayo otra plegaria para este
Dios doliente, / plegaria que del polvo
del mundo no ha subido: / “Padre, nada
te pido, pues te miro a la frente / y eres
inmenso, ¡inmenso!, pero te hallas herido”.



Esta posición vanguardista, es algo similar a la que realiza en el mismo tiempo el poeta peruano César Vallejo, aunque por caminos distintos. Ella lo plantea con una actitud lingüística solidaria. Manifiesta en el fondo de esta posición estética, que

cada país iberoamericano tiene su propia realidad que se refleja en el idioma, y que, por tanto, estas expresiones deben ser reconocidas. Ella, en vez de tener temor a utilizarlas, como muchos escritores, es audaz para construir su poesía y prosa con “modificaciones nativas”. Por ejemplo, en la poesía *Encargos*: “Le he rogado al almud de trigo / guarde la harina sin agriura, / y a los vinos que, cuando beba, / no me le hagan sollamadura”. En *Bendiciones* dice: “El algodón, como el lino, / si los tronchas, no te giman: / majados de los telares / miren a ti todavía”. También emplea muchos términos de la flora autóctona latinoamericana.

Siempre sintió una gran admiración por España, que se afianzó aún más cuando se desempeñó como cónsul en Madrid, antes de la Guerra Civil (1933-1935). Pero ello no le restó para ser crítica sobre la utilización de la lengua española. Nos ilustra un ejemplo: “Una colega española se burlaba alguna vez del empeño criollo en forzar la poesía popular..

“La oía yo con interés; un español tiene siempre derecho para hablar de los negocios del idioma que nos cedió y cuyo calor sigue reteniendo en la mano derecha, es decir, en la más experimentada.

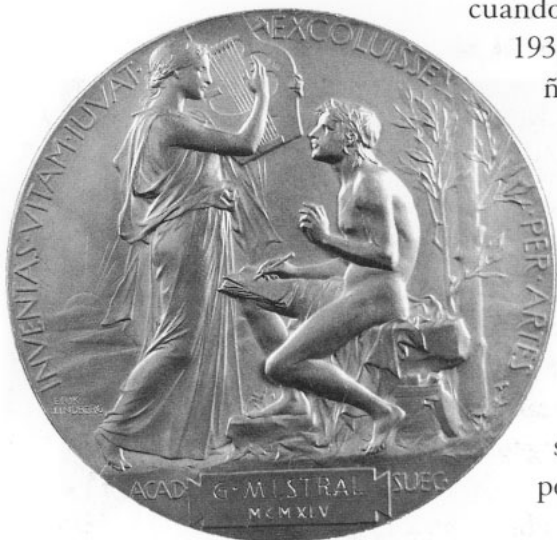
“Pero ¿qué quieren ellos que hagamos?”

“Mucho de lo español ya no sirve en este mundo de gentes, hábitos, pájaros y plantas contrastadas con lo peninsular. Todavía somos su clientela en la lengua, pero ya muchos quieren tomar la posesión del sobrehoz de la Tierra Nueva.

“Algún día yo he de responder a mi colega sobre el conflicto tremendo entre el ser fiel y el ser infiel al coloniaje verbal. Me conozco, según decía, los defectos y los yerros de cada una de mis meceduras orales, y, sin embargo, las di y las doy ahora todas, aunque sepa que las complejas y manidas debieron quedar abortadas.

“Una vez más yo cargo aquí, a sabiendas, con las taras del mestizaje verbal.

“Pertenezco a un grupo de los malaventurados que nacieron sin edad patriarcal y sin Edad Media o son de los que llevan entrañas, rostro y expresión conturbados e irregulares a causa del injerto; me cuento entre los hijos de esa cosa torcida que se llama una experiencia racial, mejor dicho, una violencia racial”.



*(Obras Completas de Gabriela Mistral, introducción de Esther Cáceres.
Ed. Aguilar, cuarta ed. Madrid, 1976).*

Su posición estética tiene también mucho que ver con la presencia de España en su obra, como ella misma lo confirma con respecto a su obra para niños. La escritora Carmen Bravo Villasante, en sus investigaciones sobre la poesía infantil iberoamericana, analiza esta influencia que se da fundamentalmente con los villancicos. Gabriela Mistral manifiesta: “Ha sido primero necesario hurgar en los arrullos del folclore; una ronda es un vaivén, pero quiero expresarlo desde la canción de cuna, que es el coloquio de la madre con su hijo. Mi búsqueda dio frutos; América transformó a las “nanas” en vidualitas y tonadas musicales, y siguiendo el rastro de la poesía española, provenzal e italiana del medievo, por fin creo haber encontrado lo que buscaba, el material genuinamente infantil, y que de esta manera ha comenzado a crecer en mis rondas” (Ibid.).

También escribía artículos totalmente diferentes a su vocación poética, como el que apareció en Madrid, en 1926, en la Revista de las Españas que pertenecía a la Unión Iberoamericana, con el título de “Algo sobre la higiene social en la América Hispana”. En Madrid fue muy amiga de Carmen Conde, María de Maetzu, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Juan Ramón Jiménez y de su mujer Zenobia, de la argentina Victoria Ocampo, de las venezolanas Teresa de la Parra y María Edilia Valero. Esta última recuerda así a la poetisa chilena:

“¡Oh tardes de Gabriela Mistral, en la Avenida Menéndez y Pelayo! ¡Cómo vivís en mi memoria! Al evocar estos recuerdos, veo a Gabriela Mistral en actitud hierática, majestuosa, inconfundible, rodeada de amigos, admiradores e intelectuales que de todas partes acudían a visitarla. De esto sabe mucho Rómulo Gallegos, por quien Gabriela siente gran admiración. Una vez me decía don Miguel de Unamuno, uno de los más asiduos a las tertulias gabrielianas: “La casa de Gabriela me hace la impresión de

que estamos en la cacharrería del Ateneo: allí se habla de literatura, ciencias y artes, y hasta del diablo, si es que hay diablo”. Pero, a mi parecer, donde los amigos de esa gran mujer disfrutábamos de su maravilloso ingenio, era el del confidencial saloncito donde todos apurábamos encantados el té, mientras Gabriela tomaba sorbo a sorbo su imprescindible mate con tal gesto espontáneo y personal, que a mí me daba la impresión de estar delante de un ídolo asiático. Oía ella las conversaciones inspiradas en distintos temas, dejando caer, fina y sutil, la puntería certera y cortante de la ironía, que en sus labios era rictus a veces interrogante, otras enigmático, y las más, de travieso e ingenioso humorismo, como para hacer inolvidables aquellas tardes”.

(“Hispanoamericanas en Madrid” (1800-1936), por Juana Martínez y Almudena Mejías, editorial hora y Horas, Dirección General de la Mujer, Madrid, 1994). Quizás, si algo la perjudicó, fue su permanente crítica a la sociedad, incluso a la española. Lo que significó un profundo malestar en muchos españoles, y un disgusto a la cancillería chilena que determinó su cambio a Lisboa.



Gabriela Mistral y Concha Zardoya en Audubon Park, New Orleans, Luisiana (USA), primavera de 1955.

Sin embargo en varias partes de su obra habla de las grandes virtudes de España, demostrando su amor hacia ella. En general, los realmente amigos españoles que la conocieron desde que llegó por primera vez a la capital, la apreciaron, admiraron y apoyaron. Ella estuvo en 1924-25, alojada en la Residencia de Señoritas de Madrid, participando activamente con recitales y conferencias. Luego en 1927-28 y 1933-35. El diplomático chileno, Carlos Morla Lynch, amigo de Gabriela, la vio así en Madrid: “pausada, tranquila, de una serenidad austera, seca y severa, que infunde respeto al tiempo que arredramiento. Tiene la reciedumbre del granito”.

Su posición ante la sociedad es muy clara. Cuando ella expresa: “lo que el artista hace por su pueblo es lo que hace el alma por el cuerpo”, está planteando el rol que debe asumir el creador. Y éste no es otro que un compromiso estético y social. Por ejemplo, en *Piececitos* refleja una ternura dolida y una crítica a la sociedad: “Piececitos de niño / azulosos de frío, / ¡cómo os ven y no os cubren, / Dios mío!”. Los versos siguientes siguen describiendo un cuadro social muy descarnado. Su compasión cristiana lleva también en sí una rebeldía, una protesta ante una sociedad que la encuentra ciega e insensible, puesto que ignora “que por donde pasáis, / una flor de luz viva / dejáis”.

El alma de Gabriela se conmueve, sufre, porque ella misma conoció en su valle de Elqui la pobreza, luego como maestra al trabajar en diferentes lugares de la larga geografía chilena. Ve la actitud increíble de la gente ante la infancia abandonada, su indolencia. Repite en su canto esta marginación: “Piececitos de niños, / dos joyitas sufrientes, / ¡cómo pasan sin veros / las gentes!”. Esta apatía social vuelve a manifestarla en Manitas. Su voz cristiana se alza para humanizar la sociedad que le tocó vivir.

En otros poemas refleja con mucho dolor la pobreza que corresponde a los que viven de manera casi franciscana, como es el caso de los maestros de escuelas primarias, con los que ella se identifica. Este es el motivo por el que nace su canto a La maestra era pobre, pero alegre, pura, llena de paz, como si perteneciese al predio de Jesús. Y en otros cantos rinde un verdadero y emotivo homenaje a los duros oficios, como por ejemplo en el Leñador, o en Obrerito: “Madre, cuando sea grande, / ¡hay, qué mozo el que tendrás!... Le gusta fijarse en los diferentes trabajos: “O mejor te haré tapices / con la junca de trenzar; / o mejor tendré un molino / que te hable haciendo el pan”. Estos retazos poéticos nos muestran a una Gabriela Mistral sumergida en los avatares del pueblo, a una escritora que no se encerró en una torre de cristal. Ni que por ser casi mística, permaneciera entre los muros religiosos de su alma. Ella es parte de una realidad palpitante, camina entre la gente sintiendo los problemas y la angustia de los demás. Así surgen sus creaciones infantiles-religiosas-trágicas-amorosas-desoladas-bíblicas-populares-telúricas-solidarias.

También en su creación hay un anhelo frustrado, la maternidad: “¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo / y mío, allá en los días del éxtasis ardiente, / en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo / y un ancho resplandor creció en mi frente”. De aquí fluye esa ansiedad por el hijo que nunca pudo tener. Es un deseo casi divino por “¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos, / la frente de estupor y los labios de anhelo!”. Pero para ella la vida es cruel, y no le queda más que apacentar un hijo ajeno, que a los pocos años muere. Los colegas pasarán a ser sus hijos, y a ellos dedica su vocación de maestra. Siguiendo con este tema, encontramos en el poema La casa, la presencia del niño que busca: “La mesa, hijo, está tendida”.



Y en otros cantos, como *La mujer estéril*, habla que “La mujer que no mece a un hijo en el regazo, / cuyo calor y aroma alcance a sus entrañas, / tiene una laxitud de mundo entre los brazos; / todo su corazón congoja inmensamente baña”. En su poesía *El niño solo*, canta conmovida: “Un niño de ojos dulces me miró desde el lecho y una ternura inmensa me embriagó como un vino!”. Y en *Me tuviste*, expresa: “Gozaste la luz / y fui feliz. / Todo bien tuviste / al tenerme a mí”, en *Dormida*, como en un sueño siente que : “Meciendo, mi carne, / meciendo a mi hijo, / voy moliendo el mundo / con mis pulsos vivos”. Incluso en lo telúrico está presente esa maternidad, como lo observamos en sus poemas *Hijo árbol* o en *Semilla*, etc.

Su poesía religiosa la encontramos casi en toda su obra, con versos en los que descarga todo su amor y su angustia: “Cruz que ninguno mira y que todos sentimos” (*La cruz de Bistolfi*). Otro: “Cristo, el de las venas vaciadas en ríos: / estas pobres gentes del siglo están muertas / de una laxitud, de un miedo, de un frío!” (*Al oído del Cristo*), también en poemas como *Viernes Santo*, *Canto del Justo*, etc.

Su poesía a la muerte, surge por la pérdida de sus seres más queridos, a través de diferentes hechos que le significan quedarse cada vez más sola: su sobrina, su madre, su hermanastra, su sobrino Yin-Yin que fue como un hijo para ella; el suicidio de sus amigos judíos Stefan Zweig y su esposa Lote. Toda esta sucesión de hechos trágicos, hace que este tipo de creación sea absolutamente distinta a sus otros poemas. Por eso su poesía adquiere una fuerza inmensa, un dramatismo desgarrador.

A pesar de la incomprensión que tuvo por parte de gentes de su propio país (entre otras cosas, le otorgaron el Premio Nacional de Literatura después del Nobel), demostró siempre su gran cariño a la Tierra chilena, la encontraba “bella, y por ella queremos / sus pastos de ronda albear; / es libre y por libre deseamos / su rostro de cantos bañar”.

Esta autora de libros fundamentales: *Desolación* (1922), *Ternura* (1924), *Tala* (1938) y *Lagar* (1957), casi mística, antifascista, de gran carácter y, a su vez, tímida, luchadora por la libertad del hombre y de los pueblos, defensora de su América mesti-



za, tiene una poesía de raigambre latinoamericana, por sus raíces y tradiciones en lo andino. Son muchos sus poemas melódicos como los ríos, profunda como el océano, popular como una guitarra, delicada como las flores y alada como los pájaros multicolores del continente. Es lo que podemos encontrar en su sencilla *Canción quechua*, en *La tierra*, en el *Niño Mejicano*. En otro poema se identifica como “Carne de piedra de América”, lo mismo en *Ronda de la ceiba ecuatoriana*, que se halla inmersa en la “verde llamarada de la América”. Su poesía aparece enlazada al destino americano, a los sufrimientos y alegrías de los pueblos, a la inocencia y ternura de los niños, al drama de su propia interioridad que busca camino a través del mensaje bíblico. Sintió gran admiración por Jacques Maritain, por Eduardo Frei Montalva y Radomiro Tomic. Dejó una intensa creación que enaltece los valores espirituales del ser humano, a través de sus libros mencionados, tan llenos de amor, de hondo dramatismo, de canciones unidas al folklore, de vida que se desborda en imágenes asociadas a la musicalidad de su verbo. Ya a los catorce años escribía:

“Para que tenga mi madre / sobre su mesa un pan rubio, / vendí mis días lo mismo / que el labriego que abre el surco”.

Su actitud solidaria la demostró no sólo espiritualmente sino en la práctica, al ceder los derechos de su libro *Tala*, a los niños desvalidos de la guerra civil española, y también de manera muy concreta en la defensa de Nicaragua.

En 1945, obtuvo el Premio Nobel de Literatura y falleció después de una larga enfermedad en Estados Unidos, en 1957. Tanto su estampa de educadora, de mujer latinoamericana que luchó con todas sus fuerzas por los derechos humanos; como de poetisa con un profundo lirismo de contenido andino, ha quedado para siempre en la historia de los personajes más ilustres.

El otro chileno, también Premio Nobel de Literatura y gran amigo de ella, Pablo Neruda, dejó dicho en sus *Memorias*: “Nadie olvidará tus cantos a los espinos, a las nieves de Chile. Eres chilena. Pertenece al pueblo. Nadie olvidará tus estrofas a los pies descalzos de nuestros niños. Nadie ha olvidado tu “palabra maldita”. Eres una conmovedora partidaria de la paz. Por esas, y otras razones, te amamos”.

Gabriela

*Voz del viento
que pastorea la soledad andina.
Canción del costado herido,
por donde brota la esperanza.
Grito de la flor
en el parto de la primavera.
Nana para el hijo anhelado.
Memoria de los maizales de América.
Ronda de astros
en las escuelas de la pobreza.
Murmullo de Dios
bajo la hondonada cordillerana.
Fuego del amor deshecho,
entre los escombros del atardecer.
Vertiente de las nieves suicidas
de los Andes.
Palabra volcánica y libertaria,
para los indígenas
y humildes buscadores de la justicia.
Luz de Chile
en el infinito de tu ausencia.*

Sergio Macías

Este libro se terminó de imprimir
el día 17 de noviembre de 1998,
fecha de entrega de los
Premios Justo del Castillo 1997-1998
en los talleres de Artes Gráficas Covadonga,
de la ciudad de Gijón,
Principado de Asturias
(España)

En colaboración con



CONCEJALIAS DE CULTURA Y DE LA MUJER

Ayuntamiento
de Gijón

32
INDASA
INDUSTRIAL DE ACABADOS, S.A.